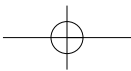
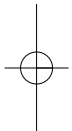
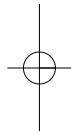


ZOMBIE ISLAND



ZOMBIE ISLAND

DAVID WELLINGTON

timunmas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Ilustración de cubierta: © John Kropewnicki, © Korionov, © Merve Poray, © Dimitri
Terentjev/Shutterstock

Título original: *Monster Island: A Zombie Novel*
Traducción: © Gabriela Ellena Castellotti

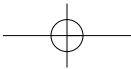
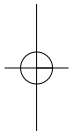
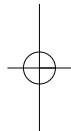
Primera edición: enero de 2009

© David Wellington, 2006
First published in English by Solaris. Translated and
used under license by Scyla Editores, S. A.

Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana:
© Scyla Editores, S. A., 2009
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada de Scyla Editores, S. A.
www.scyla.com

ISBN: 978-84-480-4021-5
Preimpresión: Abogal, S.C.P.
Depósito legal:
Impreso en España por

PRIMERA PARTE



1

Osman se asomó por la borda y escupió al mar grisáceo antes de darse media vuelta para vociferar las órdenes a su primer oficial, Yusuf. El GPS había muerto a las dos semanas de internarse en el mar y en medio de la niebla tendríamos suerte si no impactábamos a toda velocidad contra el borde de Manhattan. Sin luces en la bahía con las que guiarse y con la radio enmudecida, sólo podía confiar en los cálculos estimados y en la intuición. Me dirigió una mirada desesperada.

—*Naga amus*, Dekalb —«cállate», dijo en somalí a pesar de que yo no había dicho ni una palabra.

Fue corriendo de un extremo de la cubierta al otro, apartando a las chicas de su camino. Apenas podía verlo a través de la neblina cuando llegó a la barandilla de estribor, a sus pies se formaron unas espirales de vapor que salpicaban la madera y el cristal de la cubierta de proa con diminutas gotas de rocío. Las chicas parlotaban y gritaban como siempre, pero en la claustrofóbica niebla sonaban como aves carroñeras peleándose por unos suculentos despojos.

Yusuf gritó algo desde el timón, algo que era evidente que Osman no quería oír.

—*Hooyaa da was!* —le contestó el capitán. Después gritó—: ¡Un cuarto! ¡Reduzca un cuarto! —Tuvo que haber notado algo en la oscuridad.

Entonces, por algún motivo, me volví para mirar adelante, a babor. Por allí lo único que había eran tres chicas. Con sus uniformes, parecían un

grupo de muchachas a las que les había ido verdaderamente mal. Pañuelos grises en la cabeza, chaquetas azul marino, faldas tableadas, botas militares. Los AK-47 colgados del hombro. Dieciséis años y armadas hasta los dientes, el Glorioso Ejército Femenino de la República de Mujeres Libres de Somaliland. Una de las chicas levantó un brazo y señaló algo. Miró hacia atrás, a mí, en busca de aprobación, pero yo no veía nada ahí fuera. Entonces lo vi y asentí dándole el visto bueno. Una mano en las alturas, por encima del mar. Una enorme mano verde e hinchada sujetando una antorcha gigante, el dorado de la punta difuminado en la niebla.

—¿Eso es Nueva York, verdad, señor Dekalb? Ésa es la famosa Estatua de la Libertad. —Ayaan no me miró a los ojos, pero tampoco estaba observando la estatua. Era la que más inglés hablaba de todas y se había convertido en mi intérprete durante el viaje, pero no teníamos confianza. Ayaan no tenía confianza con nadie, a menos que se tuviera en cuenta su arma. Supuestamente, era una tiradora excepcional con el AK-47 y una asesina despiadada. Aun así, no podía evitar que me recordara a mi hija Sarah y a los maníacos con los que la había dejado en Mogadiscio. Al menos Sarah sólo tendría que preocuparse por los peligros humanos. Mama Halima, la líder militar de la RMLS, me había garantizado personalmente que estaría a salvo de los peligros sobrenaturales. Ayaan ignoró mi mirada—. Nos enseñaron la fotografía de la estatua en la madraza.* Nos hicieron escupir sobre la foto.

Hice todo lo que pude para ignorarla y observé cómo se materializaba la estatua entre la niebla. Lady Libertad tenía buen aspecto, casi idéntica a como la había dejado cinco años atrás, la última vez que estuve en Nueva York. Mucho antes de que la Epidemia comenzara. Supongo que esperaba ver algo, algún signo de daño o deterioro, pero ya se había puesto verde de cardenillo mucho antes de que yo naciera. En la distancia, y a través de la niebla, se veía el pedestal, la base en forma de estrella de la estatua. Era tan real que parecía mentira, perfecta e impoluta como en una alucinación. En África había presenciado tantos horrores que creo que había olvidado que Occidente puede ser así, con su destello de normalidad y bienestar.

—Fii! —gritó una de las chicas apoyadas en la borda. Ayaan y yo avanzamos y escudriñamos la neblina. Ya distinguíamos la mayor parte de Li-

* Escuela musulmana de estudios superiores. (*N. de la t.*)

berty Island y la sombra de Ellis Island detrás. Las chicas, inquietas, señalaban la pasarela que rodeaba la isla, a la gente que había allí. Ropa norteamericana, pelo norteamericano expuesto a los elementos. Tal vez turistas. Tal vez no.

—¡Osman! —grité—. Osman, nos estamos acercando demasiado. —Pero el capitán me mandó callar otra vez. Veía cientos de ellos en la isla, cientos de personas. Nos saludaban con la mano, agitando los brazos rígidamente, como en una película muda. Se abalanzaron sobre la barandilla, acercándose a nosotros. Cuando el pesquero se balanceó, aproximándose, los vi empujándose unos a otros, desesperados por tocarnos, por subir a bordo.

Pensé que tal vez, tal vez estaban en lo cierto, quizá habían corrido a Liberty Island en busca de refugio y ponerse a salvo y estaban esperándonos, esperando su rescate, pero entonces los olí y lo supe. Supe que no estaba en lo cierto. «Dadme vuestra agotada, exigua y maldita basura —repetía mi cerebro una y otra vez, como un mantra. Mi cerebro no se detenía—. Dadme vuestra masa apiñada.» Una masa apiñada que anhela respirar.

—¡Osman! ¡Da media vuelta!

Uno de ellos subió por la borda, quizá empujado por la multitud que presionaba a su espalda. Una mujer con una gabardina roja que llevaba el pelo enmarañado a un lado de la cabeza, intentaba desesperadamente llegar hasta el pesquero nadando a lo perro, alzando una mano cianótica, tratando de cogernos. Nos quería con tanta ansiedad... Quería alcanzarnos, tocarnos.

«Dadme vuestra exhausta, tan absolutamente agotada...» No podía soportarlo, no sé qué pensé que conseguiría viniendo aquí. No podía mirar otro más. Otra persona muerta tratando de clavarme las uñas en la cara.

Una de las chicas abrió fuego con su rifle, una explosión controlada, tres disparos. *Tuc tuc tuc*, cortando el agua gris. *Tuc tuc tuc* y las balas atravesaron la gabardina roja, abrieron la garganta de la mujer. *Tuc tuc tuc* y su cabeza estalló como un melón, y se hundió, deslizándose bajo la superficie del agua sin un chapoteo ni una burbuja, y aun así, apretados contra la barandilla de Liberty Island, cientos más alargaban los brazos para alcanzarnos. Es tiraban sus manos esqueléticas y suplicantes para atraparnos, para hacerse con lo que era suyo.

«Vuestra masa apiñada. Dadme vuestra muerte», pensé. El barco se escoró a un lado con fuerza cuando Osman finalmente logró virar, rozando el

borde de Liberty Island y evitando que chocáramos contra las rocas. «Dadme vuestra maldita muerte, vuestra reptante masa deseosa de devora. Dadme.» Eso era lo que estaban pensando ellos, ¿verdad? Los muertos vivientes que estaban allí, en la isla. Si quedaba algún destello de lucidez en sus cerebros, si sus neuronas eran capaces de albergar algún pensamiento, era ése: «Dame. Dame. Dame tu vida, tu calor, tu carne. Dame.»

2

Un destello de luz y unas pálidas sombras danzaron ante los ojos de Gary. No recordaba haberlos abierto, apenas podía recordar un momento en que no hubieran estado abiertos. Lentamente, fue capaz de componer la imagen. Se dio cuenta de que estaba mirando a través de un montón de hielo deshecho. Algo duro e intrusivo le estaba extrayendo el aire de los pulmones con un bombeo rítmico, que no era del todo doloroso. No, su cuerpo estaba medio congelado y no sentía dolor alguno. Pero estaba increíblemente incómodo.

Se incorporó tan deprisa que se le nubló la vista, y con los dedos adormecidos por el frío se arrancó la cinta adhesiva que tenía pegada a la cara, después, tiró y tiró de la extensión imposible del tubo que salía de su pecho, de algún lugar profundo que le producía una extraña sensación y después un desgarró, aunque seguía sin sentir dolor.

Miró las baldosas de baño que lo rodeaban, la bañera llena de hielo y agua amarillenta. Observó los tubos que salían de su brazo izquierdo. Se los arrancó también, produciéndose una herida profunda en la piel húmeda y gomosa al romperlos. No salió sangre de la herida.

No, por supuesto que no.

Gary inspeccionó determinadamente el estado de sus facultades. No habían desaparecido las chiribitas que bailaban ante sus ojos acompañadas por un pitido en los oídos. Tenía un zumbido en la parte posterior del cráneo que le daba ganas de alargar la mano para descolgar el teléfono. Ese impulso no

era una señal de daños cerebrales, naturalmente no era más que un simple reflejo pavloviano. Oyes un timbrazo en una frecuencia particular y corres a contestar, de la misma manera que lo habías estado haciendo toda la vida. Pero, claro, ya no había teléfonos. No volvería a oír sonar un teléfono nunca más. Tendría que desaprender ese comportamiento.

Sentía las piernas un poco débiles. Nada de lo que aterrorizarse. Su cerebro... había sobrevivido, había salido prácticamente ileso. ¡Había funcionado! Aunque antes de celebrarlo tenía que saciar su vanidad. Se arrastró hasta el lavabo, se sujetó con ambas manos a la porcelana. Levantó la vista hasta el espejo.

Quizá una cianosis insignificante. Había una coloración azul en su mandíbula, en sus sienes. Muy leve. Tenía los ojos rojos en las zonas en las que le habían reventado los capilares... Tal vez, con el tiempo, eso se curase. Si es que podía llegar a curarse. Una vena bajo su mejilla izquierda estaba muerta e hinchada, tan azul que casi era negra. Observando detenidamente, palpándose, estirándose la piel de la cara con los dedos halló otros coágulos y oclusiones, una telaraña de venas muertas. Como las vetas de un fragmento de mármol, pensó, o como un buen trozo de queso Stilton. Sin las vetas un fragmento de mármol no era más que granito. Sin las venas azules un trozo de Stilton no era más que queso normal y corriente. Las venas muertas conferían a su rostro cierto carácter, incluso un cierto carisma.

Era mucho mejor de lo que esperaba.

Apretó dos dedos contra su muñeca y no se encontró el pulso. Cerró los ojos, escuchó y se dio cuenta por primera vez de que no estaba respirando. Una serie de impulsos primarios surgieron en su cerebro reptiliano, temores innatos a ahogarse y a asfixiarse, tuvo un espasmo en el pecho, se flexionó, trató de inhalar, pero no pudo.

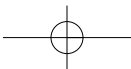
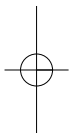
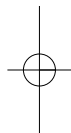
Aterrorizado —consciente de que era pánico lo que sentía, e incapaz de detenerlo—, tiró la máquina de diálisis robada y la oyó impactar contra el suelo mientras salía del habitáculo cerrado del baño, se abrió camino al exterior, en busca de luz y aire. Se le doblaban las piernas, amenazando con hacerlo caer en cualquier instante, tenía los brazos estirados, los músculos tensos, como cables de acero bajo su piel fría.

Avanzó tropezando hasta que sus piernas cedieron, hasta que se derumbó sobre la alfombra de lana blanca. De su cuerpo tembloroso surgió un ronquido al tratar de inspirar una mínima bocanada de aire. Por mero

instinto, gritó mentalmente: «Es sólo un reflejo, se detendrá, parará pronto.» Frotó la mejilla adelante y atrás contra la alfombra y sintió el calor del roce mientras su cuerpo se agitaba en espasmos.

Finalmente, su sistema se calmó, su cuerpo se rindió. Sus pulmones dejaron de moverse y se quedó tumbado, quieto, sin energía. Algo así como hambriento. Levantó la vista y contempló el más azul de los cielos a través de las ventanas. Pasaban esponjosas nubes blancas.

Todo iba a salir bien.



3

SEIS SEMANAS ANTES:

Sarah dormía al fin bajo la manta raída que le habían dado después de que yo protestase lo necesario. Estaba aprendiendo a dormir en cualquier situación. Buena chica. La tenía entre mis brazos, protegiéndola hubiera o no una amenaza inmediata. Mantener la mayor parte posible de mi cuerpo entre ella y el mundo se había convertido en un instinto. Incluso antes de la Epidemia lo hacía. Vimos cosas en África que nadie debería ver, descubrimos que contamos con recursos internos que sencillamente no deberían estar ahí. Hice cosas...; no importaba. Nos sacó de Nairobi. Nos llevó al otro lado de la frontera, a Somalia. Éramos tres, luego dos. Pero lo conseguimos. La madre de Sarah ya no estaba con nosotros, pero lo logramos. Conseguimos entrar en Somalia, para que nada más llegar una banda de mercenarios en un control de carretera nos capturase y nos dejase tirados en esta celda con un puñado de occidentales. Arrojados aquí para esperar la decisión del líder militar local.

Que lo jodan. No me culpo por lo que hice. Estábamos vivos. Todavía nos contábamos entre los vivos. Pertenecíamos a esa feliz minoría.

—No lo entiendo —dijo Tosido. Una de las mangas de su chaqueta estaba rasgada por el hombro, lo que permitía ver un centímetro del relleno acolchado que había debajo, aun así mantenía el nudo de su corbata perfectamente anudado. Incluso en el calor de la celda, él era un oficinista. Fue con el móvil de un lado a otro de la habitación—. Tengo cobertura. ¡Cuatro ba-

rras! ¿Por qué no puedo hablar con Yokohama? No contesta nadie en la oficina. ¡En el viejo sistema económico nunca hubiera pasado algo así!

En la esquina más alejada, los mochileros alemanes se aferraban el uno al otro y trataban de no mirarlo. Al igual que yo, sabían qué había pasado en Yokohama, pero en aquellos terribles primeros días de la Epidemia no hablabas de eso. No se trataba tanto de un asunto de negación de la realidad como de magnitud. Hasta donde sabíamos, Europa había desaparecido. Era posible que ya ni siquiera estuviera allí. Rusia había caído. En el momento que intentabas preguntarte qué habría sucedido con Norteamérica ya no había más espacio en tu cerebro. Un mundo sin Norteamérica era imposible: la economía global se colapsaría. Todos los líderes militares de tres al cuarto y dictadores del Tercer Mundo harían su agosto. Sencillamente era imposible. Significaría el caos mundial. Supondría el fin de la historia como la conocíamos.

Que era exactamente lo que había sucedido.

Los países civilizados, los que contaban con parlamentos con dos cámaras y cuerpos de policía honrados y buenas infraestructuras y estaban regidos por leyes y tenían riquezas y privilegios, todo Occidente, no resistieron la llegada de los muertos a su casa. Sólo las letrinas del mundo lo habían logrado. Los lugares más peligrosos. Los países inestables, los estados feudales, los remansos arcaicos, sitios en los que no te atreverías a cruzar la puerta sin un arma, donde los guardaespaldas eran los accesorios de moda; al final, esos sitios salieron mucho mejor parados.

Por lo que había oído, el último refugio de la humanidad era Oriente Medio. Afganistán y Pakistán se las estaban arreglando. Somalia ni siquiera tenía gobierno. En el país había más mercenarios que granjeros. Somalia estaba bastante bien. Antes era inspector de armamento en la ONU. Teníamos un mapamundi en mi oficina en Nairobi. Los distintos países aparecían en diferentes colores para mostrar el número de armas per cápita. Pero ahora se podía quitar la leyenda del mapa y sustituirla por la siguiente: densidad de población mundial.

—¡Cuatro barras! —gimió Toshiro—. Yo ayudé a levantar esta red, ¡es totalmente digital! Dekalb..., seguro que tienes alguna noticia para mí, ¿verdad? Tú tienes que saber qué está sucediendo. Tengo que recuperar el contacto. Me ayudarás. Tienes que ayudarme. Eres de la ONU. ¡Tienes que ayudar a quien te lo pida!

Negué con la cabeza sin mucha convicción. Estaba tan cansado, tenía tanto calor. Estaba tan deshidratado en esa celda diminuta. Nosotros tres nunca habíamos tenido necesidad de agua en Kenia antes de la Epidemia. Cuando los muertos empezaron a volver a la vida. En Nairobi, con nuestro mayordomo, nuestro chofer y nuestro jardinero, siempre hubo una fuente en nuestro pequeño mundo aislado y la manteníamos funcionando todo el año. A pesar de que sabía que era por su bien, Sarah nunca quiso marcharse a Ginebra para asistir a al Colegio Internado Internacional el siguiente curso, le gustaba mucho África.

Dios. Ginebra. Yo tenía un montón de amigos allí, colegas de las oficinas de la ONU. ¿Cómo debió ser? Suiza tiene algunas armas. No suficientes. Ginebra debía de haber desaparecido.

La puerta se abrió y una luz caliente se esparció sobre nosotros. La silueta de una chica me hizo un gesto. Durante un segundo, no lo entendí, creía que me quedaría en la celda para siempre. Entonces me puse en pie, tembloroso, y levanté a Sarah en brazos.

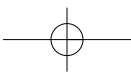
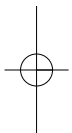
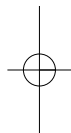
—¡Dekalb! ¡Pregúntales por mi conexión! ¡Maldito seas si no lo haces!

Dije que sí con la cabeza, una especie de despedida, una especie de asentimiento. Seguí a la joven soldado fuera de la celda y salí al patio bañado por el sol que había detrás. El olor de los cuerpos calcinados era denso, pero mejor que el hedor del cubo que hacía las veces de letrina en la celda. Sarah enterró la cara contra mi pecho y yo la abracé con fuerza. No sabía que sucedería a continuación. Quizá era nuestro turno de comer algo, por primera vez en dos días. La soldado podía estar conduciéndome a una sala de torturas o a un centro de refugiados con duchas con agua caliente y camas limpias y algún tipo de promesa para el futuro. Quizá era un llamamiento para una ejecución.

Si Ginebra había desaparecido, la Convención de Ginebra también.

—¡Vamos! —dijo la soldado.

Fui.



4

SEIS SEMANAS ANTES, continuación:

Un helicóptero chino levantó el polvo del patio con el lento movimiento de las palas del rotor. Quien fuera que acababa de llegar debía de ser importante: no había visto ningún tipo de aeronave en semanas. A la sombra de los barracones, un grupo de mujeres apiñadas cubiertas con velos islámicos y vestidos sencillos colocaron las manos sobre los morteros donde habían estado moliendo el grano.

La soldado me condujo más allá de un par de «técnicos», camionetas comerciales con metralletas montadas en la parte de atrás. Un muestra típica de la maldad somalí. Normalmente, los técnicos iban cargados de mercenarios, pero éstos habían sido adornados a toda prisa con los colores de Mama Halima: azul claro y amarillo como un huevo de Pascua. Los vehículos habían pasado a pertenecer a la República de Mujeres Libres. Las soldados deambulaban alrededor de las camionetas, con los rifles colgados laxamente en sus brazos, masticando distraídamente qat* y esperando la orden de disparar a alguien.

Una vez franqueados los técnicos, rodeamos una hoguera de cadáveres. Era mucho más grande que cuando nos trajeron a Sarah y a mí a los barracones. Las soldados habían envuelto los cuerpos en sábanas blancas y después los habían cubierto de excrementos de camello, que utilizaban como acele-

* *Catha edulis*: arbusto originario de África oriental cuyas hojas se mascan produciendo un efecto estimulante. (*N. de la t.*)

rante. La gasolina era demasiado valiosa para desperdiciarla. Los gases que despedía el fuego eran terribles y sentí a Sarah apretarse contra mi pecho, pero nuestra guía ni siquiera parpadeó.

Intenté convocar mi identidad, traté de sacar algo de fuerza de mi indignación profesional. Dios. Niños soldado. Niños que no tenían más de diez años, bebés, sacados de la escuela y a los que se les habían dado armas y drogas para tenerlos contentos y hacerlos luchar en guerras que no podían ni empezar a comprender. Había trabajado muy duro para prohibir esa obscenidad, y ahora dependía de ellos para la seguridad de mi hija.

Entramos en un edificio de ladrillo de poca altura que había recibido un violento ataque de artillería y nunca había sido arreglado. El polvo resplandecía al sol que entraba por el techo derrumbado. Al final de un oscuro pasillo llegamos a una especie de puesto de mando. Las armas estaban cuidadosamente separadas en pilas en el suelo, mientras que sobre una mesa de madera, a la que había sentada una mujer en uniforme de combate leyendo con desgana un periódico, había tirado un montón de móviles y radios. Quizá tenía unos veinticinco años, tan sólo era algo más joven que yo, y no llevaba nada para cubrirse la cabeza. En el mundo islámico ése era un mensaje que se esperaba que yo captara de inmediato. No levantó la vista cuando se dirigió a mí.

—Tú eres Dekalb. El de Naciones Unidas —dijo, leyendo de una lista—. E hija. —Hizo una señal y nuestra guía fue a sentarse a su lado.

No me tomé la molestia de responder.

—En esa celda tiene individuos extranjeros que están recibiendo un trato inhumano. Tengo una lista de peticiones.

—No me interesa —comenzó a decir.

La interrumpí.

—En primer lugar, necesitamos comida. Comida limpia. Mejores condiciones de salubridad. Hay más.

Me clavó una mirada en el abdomen que sentí como una puñalada. No era mujer con la que se pudiera jugar.

—Si todavía es posible, necesitamos que se nos permita la comunicación con nuestros consulados. Necesitamos...

—Su hija es negra. —Ella no me había estado mirando a mí en absoluto. Había estado observando a Sarah. Un sabor amargo invadió mi boca—. Pero usted es blanco. ¿Su madre?

Respiré por la nariz durante un minuto.

—Keniana. Muerta. —Entonces me miró a los ojos y me salió sin más—: La encontramos, quiero decir, yo la encontré revolviendo una noche en la basura, había tenido fiebre, pero pensamos que lo superaría, la llevé dentro y no permití que se apartara de mi vista, no pude...

—Usted sabía que era uno de los muertos.

—Sí.

—¿Se deshizo de ella como es debido?

Todo mi cuerpo se estremeció al pensarlo.

—Nosotros... Yo la encerré en el baño. Después, nos marchamos. Los sirvientes ya se habían ido, la calle estaba prácticamente desierta. No se podía encontrar a la policía por ninguna parte. Ni siquiera el ejército iba a aguantar mucho más tiempo.

—No lo hicieron. Según nuestros servicios de inteligencia, Nairobi fue tomado dos días después de que usted se marchara. —La mujer suspiró, fue un sonido terriblemente humano. Entendía a esta mujer como burócrata de la muerte. La entendía como soldado. No habría podido soportar que hubiera mostrado cualquier tipo de empatía. Le supliqué en silencio que no me compadeciera.

Tuve suerte.

—No podemos alimentarlo y esta instalación carece de defensas, así que tampoco podemos permitirle que se quede aquí —dijo ella—. Y no tengo tiempo para discutir sobre su lista de peticiones. La unidad será desmantelada esta noche como parte de una retirada técnica. Si quiere venir con nosotros, tiene cinco minutos para justificar su manutención. Usted está con la ONU. ¿Forma parte de la ayuda humanitaria? Sobre todo necesitamos comida y medicamentos.

—No. Yo era inspector de armamento. ¿Qué pasa con Sarah?

—¿Su hija? La acogeremos. Mama Halima quiere a todas las chicas huérfanas de África —sonó como un eslogan político. No hacía falta aclarar el hecho de que Sarah, si yo fracasaba en ese momento, lo sería. Fue entonces cuando me di cuenta de qué significaba ser uno de los vivos. Significaba hacer lo que hiciera falta para no ser uno de los muertos.

—Hay un alijo de armas, armas pequeñas la mayor parte, algunas anti-tanque, justo al lado de la frontera. Puedo llevarles allí, indicarles dónde excavar. —No contábamos con el dinero y el equipo para destruir el alijo

cuando lo encontramos. Habíamos puesto las armas en un búnker sellado bajo tierra con la esperanza de destruirlas algún día. Estúpidos.

—Armas —dijo ella. Echó un vistazo a la pila de rifles que había en el suelo, junto a mis pies—. Tenemos armas. No estamos en peligro de quedarnos sin munición.

Apreté a Sarah con la fuerza suficiente para despertarla. Ella se limpió la nariz en mi camisa y levantó la vista hasta mí, pero se quedó callada. Buena chica.

La oficial me miró fijamente.

—Su hija estará protegida. Alimentada, educada.

—¿En una madraza? —La mujer asintió. Por lo que yo sabía, ése era el tope del sistema educativo de Somalia en esos momentos. Recitación diaria del Corán y oraciones sin fin. Al menos aprendería a leer. Justo entonces, algo me golpeó el corazón, algo tan fuerte que nunca podría llegar a olvidar. La conciencia de que eso era lo mejor a lo que Sarah podría aspirar, de que cualquier protesta que hiciera, cualquier insinuación de que eso no era suficiente no era realista y además era contraproducente.

En un par de años, cuando fuera capaz de empuñar un arma, mi hija se iba a convertir en una niña soldado, y eso era lo mejor que yo podía ofrecerle.

—Los prisioneros —dije, acabando con aquella línea de pensamiento. En ese momento, tenía que ser duro—. Tienen que dejarnos algunas armas cuando se vayan. Brindarnos la oportunidad de luchar.

—Sí, pero no he acabado con usted. —Nuevamente echó un vistazo a la hoja de papel—. Usted trabajaba para Naciones Unidas. Era parte de la comunidad de ayuda humanitaria.

—Supongo que sí —dije.

—Quizá pueda ayudarnos a encontrar algo. Algo que necesitamos desesperadamente. —Continuó hablando durante un rato, pero yo no era capaz de escuchar nada. Estaba demasiado ocupado imaginando mi propia muerte. Cuando me di cuenta de que no me iba a matar, volví a prestar atención—. Es Mama Halima, ¿entiende? —Dejó la hoja sobre la mesa y me miró, me miró de veras. No como si yo fuera una tarea desagradable de la que tuviera que encargarse, sino como a un ser humano—. Ha sucumbido a una condición demasiado extendida en África. Ha desarrollado una dependencia a ciertas sustancias químicas. Y se están agotando peligrosamente nuestras existencias de esas sustancias.

Drogas. La líder militar de la zona tenía una dependencia y necesitaba una mula que fuera a recoger su suministro de chute. Alguien que estuviera lo bastante desesperado para ir y traérsela para su dosis. Yo lo haría, por supuesto. No cabía ninguna duda.

—¿De qué tipo de «sustancias» estamos hablando? ¿Heroína? ¿Cocaína?

Frunció los labios como si se estuviera preguntando si había cometido un error al elegirme para aquella misión.

—No. Se trata de AZT.